



Eduardo Lago

JULIO SANJURJO

LA DOCTRINA DEL BOSQUE

1. Bosque en silencio.

Uno de los términos clave del vocabulario de Julio Sanjurjo es la palabra *bosque*, entendido aquí como un lugar primordial del que los humanos nos hemos alejado. Sanjurjo busca regresar a él, adentrándose en sus recodos más íntimos. *Dentro del bosque* es una invitación a perdernos en el espacio interior de la imaginación. La exposición se desarrolla en varias fases que van gradualmente de lo estático a diversas formas de movimiento, hasta culminar en la danza y por fin el vuelo. En la fase estática sorprenden los instantes detenidos en el tiempo, momentos elementales del día y de la noche, o de las distintas estaciones. *A la caída de la tarde* nos muestra a cinco animales arquetípicos que beben en silencio, envueltos en un resplandor plateado que los confunde con el entorno helado del invierno. *Al fondo de la noche* recoge la comunión entre las fuerzas visibles e invisibles del mundo natural, cuyo lado subterráneo se nos muestra con humor. Hay aquí un principio de movimiento, con los árboles desnudos del invierno amenazados por la turbulencia de las aguas. En *Bosque en julio* la naturaleza se manifiesta en todo su esplendor, exhibiendo la escueta gama de colores a que Sanjurjo reduce el universo. Las presencias que viven en el bosque aparecen envueltas por un halo de silencio. La vida animal carece aquí de representación. El cielo, como corresponde al simbolismo primordial del bosque, está ocluido por las copas de los árboles, inaccesible a los anhelos del espectador. En *Bosque Rivera* el paisaje se hace puramente mental, sus límites fijados por una franja que comprime todos los haces de fuerza del espacio, aunque sabemos que la vida palpita dentro de unos límites marcados por las distintas formas de silencio. Aunque no se nombre la estación, los colores sugieren aquí la presencia del otoño.

2. Hermanos animales.

Un segundo gesto, estático aún, nos muestra repetidamente a un animal arquetípico en el acto elemental de su comunión con el agua. La paleta experimenta diversas variaciones, así como el material que lo soporta, a veces de piedra o metal, a veces bajo un cielo líquido en el que flotan sombras imprecisas. La imagen central del recorrido es la de un oseño que se ha alejado de su madre y sus hermanos, un cahorro joven, con el cuerpo de mármol inclinado sobre un charco de aluminio fundido, unido a la sustancia dadora de vida. Tampoco hay aquí imágenes humanas. Tan sólo se nos permite contemplar el bosque en todas sus manifestaciones, recalcando así nuestro alejamiento como especie de las formas de vida primordiales. Nos hemos desgajado, tal vez de manera irreparable, de la naturaleza. Nuestros hermanos animales, portadores de algo de lo que nos hemos despojado voluntariamente y ahora anhelamos recuperar, aparecen representados como las variaciones de un único tema: la contigüidad entre las formas de vida animal y vegetal. La mineralidad del agua, unas veces de una pureza metálica y otras vetada de un azul de cambiante densidad, apunta a una forma única de sed, una sed que no puede cambiar, y que por algún motivo no es posible saciar. Somos nosotros quienes la padecemos, no el bosque y sus animales. *Cuatro hermanos* alude a la perfecta comunión de cada silueta animal con los los puntos cardinales del espacio.

3. Danza y vuelo.

En la fase dinámica el bosque y los seres que lo habitan arrostran diversas formas de peligro. Por ser, en la memoria ancestral de la humanidad, el lugar donde habitan peligros que desconocemos, desde siempre ha sido preciso contrarrestarlo por medio del ritual sagrado de la danza. *Danza de invierno* nos muestra a una multitud de animales moviéndose en círculo, de la misma manera que antes las aguas danzaban alrededor de los árboles. *Danza del claro* petrifica el espíritu del bosque, convirtiéndolo en receptáculo donde el tiempo permanece inmóvil. Ese tiempo en suspensión propicia el comienzo de otras fases de vida: a partir de aquí los seres buscan alejarse, acercándose tal vez adonde hemos huido los humanos. *Un paseo* implica la presencia de un testigo, aunque no nos resulte posible verlo. En la fase final se rebasan los límites del bosque, buscando el cielo abierto. En la pieza titulada *Vuelo* los árboles abandonan su hábitat y girando en torno a sí, danzan en el aire, buscando clavarse en un espacio que no alcanzamos a ver. Hay una versión onírica de esta misma visión, un vuelo que esta vez se adentra en los dominios de la noche, cuyas tinieblas se disipan, cediendo su lugar a colores que en la elementalidad de su pigmentación están tan vivos como almas de animales. Hay un título enigmático, que para mí resume el sentido de todo el movimiento de los seres invocados en estas piezas. Tal vez resulte así posible dar con una explicación de lo que ha podido suceder en este bosque. Las formas son las mismas, los colores sin embargo, de un salvajismo infinitamente más puro. *Memorias de cuando era pájaro* logra, poética y conceptualmente, conectar la memoria animal con la del bosque, el lenguaje del agua con el silencio del cielo. Se apunta así a un posible sentido de lo que nos ha ocurrido como humanos. Al sobrevolar el bosque perdido del pasado, se comprende que aún es posible alguna forma de regreso.